

I. VIDA FAMILIAR EN COLONIA

NACÍ EN COLONIA EL 7 DE SEPTIEMBRE de 1936. En España había estallado la guerra civil; en Alemania había empezado el nazismo, pero de esto es poco lo que recuerdo.

Mi padre se llamaba Gustav Kücking y mi madre Gertrud Busch. Tengo una hermana menor, Edith, que nació en 1947. Mi nombre completo es Maria Elisabeth Kücking. Mis padres me llamaban Marlies y de vez en cuando Marliese, pero a mí no me gustó la *e* final, y me quedé con la primera forma.

En Colonia vivíamos en un barrio en la parte izquierda del Rin, que se llama Vingst. Los domingos salía de paseo con mis padres, y recuerdo que solían ponerme un sombrero que no me gustaba nada... Íbamos a ver a mi abuela materna con bastante frecuencia. Se llamaba Elisabeth, como yo, y era además mi madrina. Vivía en el campo, en las afueras de Bonn, aunque

ahora esa zona ya está urbanizada. Recuerdo que allí se hablaba en el dialecto del Rhin. Yo tenía prohibido hablarlo, pero en cuanto me reunía con toda la pandilla de amigos y primos y doblábamos la esquina, lo usábamos. Era como una frontera...

Empecé a ir al colegio a los seis años, sin pasar por el *kindergarten*. Jugaba a la pelota en el patio y en la calle con otros niños, y recuerdo que cuando pasaba la juventud hitleriana con su banda de música, me asomaba al balcón... No entendía por qué me retiraban de ahí.

De vez en cuando mis padres se reunían con otros matrimonios, bajaban las persianas y escuchaban una radio. Era la radio libre que emitía desde Londres. Estaba severamente prohibido, porque decían la verdad sobre el Führer. Después me repetían que jamás mencionara a nadie —en el colegio o donde fuera— que mis padres habían estado escuchando la radio. Tampoco entendía por qué.

Nuestro edificio tenía ocho pisos, y vivíamos en el más alto. Cuando comenzó la guerra, durante los bombardeos cruzábamos apresuradamente la calle y bajábamos a un refugio, en un sótano, donde nos encontrábamos con muchas otras familias. Era divertido porque los adultos nos contaban historias, y había además un triciclo con el que podíamos jugar. Al volver a casa, mi madre preparaba un aperitivo, como modo de festejar que seguíamos con vida.

Me acuerdo del terrible y famoso bombardeo con fósforo sobre Colonia, la noche del 30 al 31 de mayo de 1942. Yo tenía cinco años, y conservo viva la imagen de las lucecitas que se encendían en el aire..., pero eso significó que parte de la ciudad quedó reducida a escombros.

A mi padre lo llamaron a filas en el año 1943 o 1944, tendría unos cuarenta años. Al principio nos llegaban sus noticias, pero cuando se perdió la guerra perdimos también el contacto con él. No sabíamos si seguía vivo. Esta situación duró medio año largo, hasta que por fin llegó una carta suya desde Antwerpen (Amberes). Estaba en aquella ciudad, en un campo de prisioneros americano. Antes había pasado por uno ruso, donde había sufrido un hambre terrible. Cuando parte de los prisioneros fueron trasladados a los campos americanos, a él le pusieron a trabajar en la cocina —algo que no había hecho en su vida— y allí empezó por fin a comer y recuperó la salud.

El régimen de vida en el campo de prisioneros americano era más llevadero que en el ruso, pero en ambos casos él pertenecía al ejército enemigo. Cuando por fin regresó a casa pudo contarnos cuánto bien le hizo charlar con un sacerdote que atendía espiritualmente a los prisioneros. Mi padre volvió con un crucifijo, cosa que yo nunca había visto en sus manos. Se trajo además a un compañero polaco para que viviera con nosotros, hasta que pudiese independizarse. He de decir que mi padre volvió cambiado. Siempre había sido muy bueno, pero estaba cambiado. El polaco, que mi madre miraba al principio con recelo, estuvo con nosotros al menos durante seis meses, y después se fue hacia el este.

Pero retrocedamos un poco en el tiempo. Cuando mi padre tuvo que alistarse en el ejército, la vida en Colonia iba volviéndose cada vez más difícil. Los bombardeos nocturnos eran muy frecuentes, y teníamos que levantarnos de la cama por la noche —eso me parecía bastante divertido— para acudir al refugio antiaéreo.

Además, obligaban a las mujeres a trabajar. Como mi madre no quería dejarme sola en casa —mi hermana aún no había nacido—, me fui a vivir con la abuela. A mi madre la obligaron a trabajar en las oficinas de la Humboldt Benz, una fábrica de armas, de maquinaria pesada. Si no trabajaba, no recibía la cartilla de racionamiento.

Por el tipo de empresa que era, el lugar era blanco de ataques aéreos, y por poco muere durante uno de esos bombardeos. Llegó un momento en que decidió abandonar el trabajo y reunirse conmigo. No sé cómo consiguió la cartilla, pero ya no volvió a trabajar en algo semejante. Comentaba que allí no hacían nada, porque no se podía hacer nada: bajaban los expedientes al refugio para luego volverlos a subir. Y la situación de las demás mujeres era parecida, amas de casa de clase media que nunca habían trabajado en una oficina, que no nadaban en la abundancia, pero tampoco pasaban necesidad.

Cuando mi madre empezó a trabajar, mi padre ya estaba en el frente. A las mujeres casadas que se quedaban solas les pedían que mandaran a sus hijos a Silesia, donde había un campo para niños. Pero mi madre no estaba dispuesta a enviar a su niña tan lejos. Y menos mal que se negó en rotundo, porque luego aquel emplazamiento fue zona rusa.

Era mujer de mucho carácter. Mi padre tenía brotes de enfado, pero mi madre era mucho más enérgica, más emprendedora. En las cosas importantes escuchaba a mi padre, y luego hacía lo que le daba la gana. Como buena mujer, respetaba la autoridad, pero luego mi padre hacía lo que ella decía.

Durante un ataque aéreo sobre Colonia, cayó una bomba sobre la casa de mis padres, que estaba cerrada,

y quedó semidestruida. Cuando terminó el conflicto, mi madre quiso recuperar lo que había quedado de los muebles. Entonces, con la ayuda de un señor, consiguió vaciar la mitad del piso y rescatar lo que quedaba. Vivíamos entonces con la abuela, en Bechlinghoven, a las afueras de Bonn. La casa era grande porque había tenido cuatro hijos. Pero no tardamos en abandonar también esa zona, pues estaba próxima a un aeropuerto militar y tampoco era del todo segura. Entonces nos fuimos a vivir con unos tíos nuestros. En realidad, el padre de familia era primo lejano de mi padre. Su familia era de Colonia y se había hecho una casa hacia el sur, para invitar a mucha gente los fines de semana, en un montecito delicioso. Nos fuimos a vivir allí, con Adolf, el primo de mi padre, su mujer y su hija Lisbeth. Esta última estaba casada, pero su marido había sido enrolado en el ejército y no tenía noticias de su paradero, como nosotras de mi padre.

Yo había comenzado los estudios de primaria en Colonia, y comencé a ir al colegio del pueblo. Era un colegio que reunía en la misma clase a los ocho cursos de la escuela elemental. No hacíamos nada. Volvía a casa y mi madre preguntaba ¿qué has aprendido hoy? Como le contaba una historieta, un día me dijo: no vas, te quedas aquí en casa y ya te enseño yo algo.

Con el tío Adolf íbamos a pasear por el monte, a observar los ciervos, acompañados de otros chicos. Contemplábamos el paisaje, me enseñaba a guardar silencio cuando aparecía un ciervo, cosas así. Sucedió entonces un episodio que me conmovió *a posteriori*. Al terminar la guerra, Alemania quedó dividida en cuatro zonas. Nosotros, en este pueblo, estábamos en zona inglesa, pero muy cerca de la frontera con la zona francesa. Mi

madre y Lisbeth iban en bicicleta a los pueblos vecinos a buscar pan. Podían tardar la mañana o la tarde enteras en conseguirlo. Solían pasar por delante de un campo de prisioneros que estaba en manos de los franceses. Obviamente estaba prohibido relacionarse con los prisioneros, pero cada una les lanzaba un pan, con la esperanza de que alguien hiciera lo mismo con sus maridos, allá donde estuvieran.

En este lugar estuvimos a lo sumo un año, ya que quedaba cerca de Remagen. Poco después de ser bombardeada en 1945, mi madre y yo volvimos a la casa de la abuela, en Bechlinghoven, que también estaba en el campo. Cuando mi padre regresó, prefirió quedarse ahí; a mi madre le habría gustado volver a la ciudad, pues siempre había vivido en el campo y prefería el ambiente urbano. Pero en este tipo de cosas se ajustaba a los gustos de mi padre. Yo también prefería la ciudad, pero ese dato, como se comprenderá, no era demasiado relevante...

Vivimos en casa de la abuela durante bastante tiempo. De hecho, mi madre heredó la casa cuando los abuelos murieron. Ahora vive allí mi sobrino, el hijo de mi hermana Edith. Recuerdo que íbamos con frecuencia a Bonn, porque en el pueblo no se podía comprar nada. Cada vez que era necesario comprar ropa, zapatos, había que ir a Bonn. Recuerdo también que en esos años en el campo montaba en bicicleta y me entretenía con las cosas normales de una niña de mi edad.

Hice cuatro cursos de enseñanza elemental y el examen de ingreso, y luego los nueve años de bachillerato, en el colegio de las Damas del Sagrado Corazón (Sacré Cœur, como se llamaba), en Pützchen. Tenían un bachillerato reconocido por el Estado. Pützchen

estaba a un cuarto de hora de Bechlinghoven. Mi familia era católica practicante, pero mi madre escogió el colegio —antes de que mi padre regresara— principalmente por un motivo práctico: estaba cerca. No tenía nada a favor o en contra de las monjas. El colegio tenía internado, pero no fue este mi caso. Tenía 10 u 11 años cuando empecé allí los estudios —con la guerra había perdido un año de colegio—, y acabé el curso 1955-1956 con 19 años.

El origen de la congregación era francés. Su fundadora era santa Magdalena Sofía Barat, pero todas las monjas del colegio eran alemanas. Su finalidad, tras la Revolución Francesa, era educar a las niñas de la aristocracia y contribuir así a restablecer la fe en Francia. De hecho, muchas de mis compañeras eran de familia aristocrática.

Cada semana había reparto de notas sobre el comportamiento, no sobre el rendimiento académico. Todo el colegio se reunía para ese momento, y si no habías hecho ninguna fechoría, podías estar tranquila. Una vez fui reprendida en una de esas ocasiones porque me había reído de un sacerdote con barba. Como no había visto nunca un sacerdote así, cuando él entró para celebrar la Misa me empecé a reír y contagié al resto. Además de la reprimenda, el hecho mereció la calificación *pas de note*.

Hay que decir que el nivel académico era muy bueno. Nadie suspendía el bachillerato porque si se sospechaba que alguien no iba a pasar, antes le invitaban a salir del colegio. Se estudiaba mucho. La mayoría de las profesoras eran las mismas monjas, pero también había profesoras y profesores laicos. Al profesor de latín recuerdo que le hacíamos la vida imposible...

Siempre fui alumna externa. Solo viví dos veces en el colegio con motivo de unos ejercicios espirituales que daban los jesuitas, que también solían ser los que enseñaban religión.

A las monjas las quería, me entendía bien con ellas. Alguna era más amiga, con la amistad que puede tenerse con una persona de más edad. Pero durante muchos años ni se me pasó por la cabeza que semejante vocación pudiera ser para mí, porque yo me encontraba muy bien en mi ambiente. ¿Cuáles eran entonces mis pretensiones? Casarme, tener muchos hijos —éramos solo dos hermanas—, viajar, aprender idiomas, leer mucho... pasármelo bien.

Entonces llegó un momento —tendría yo 16 años—, en el que sentí como una luz interior, como que Dios quería algo más. Para mí entonces solo existían dos caminos, casarse o ser monja, porque lo de quedarse soltera me parecía tan horroroso que quedaba totalmente descartado. La única entrega a Dios que yo conocía era la religiosa. Conocía mucho, por ejemplo, a las carmelitas. Tenían un convento muy cerca, donde a veces iba a Misa, pero solo pensar en ser una de ellas me producía escalofríos. Por otra parte, la sensación de que «Dios quería algo de mí» era real, y duró hasta que dije al Señor que sí, que muy bien, que se cumpliera su voluntad. Pero no me gustaba para nada la idea de ser monja, ni tampoco conocía ninguna otra cosa... Mi decisión interior de entregarme a Dios no la hablé con nadie porque no quería que me presionasen. Al mismo tiempo entendí muy bien que, en mi caso, ser monja no era mi camino. Consideré entonces que había sido una prueba enviada por el Señor, solo eso. Fue un instante: el “sí” a Dios podía

permanecer, y el “no” a ser monja también. Me quedé tranquila. Tendría que esperar.

Me gustaba muchísimo el teatro y tenía un abono. Iba a todas las obras de teatro que se presentaban en Bonn, que tampoco eran muchas en ese momento. Me gustaba leer, comprar libros... Eso sí, todos esos gastos los financiaba yo dando clases particulares a niñas, porque mis padres solo me daban dinero para lo esencial.